

LOS QUE MERECEEN SALVARSE

La rendición es la enfermedad de los mediocres. Muchos la asocian, erróneamente, a una muerte fulminante que llega sin avisar, destruye sin compasión y desaparece sin dejar rastro.

La realidad es que deja estela antes incluso de instalarse. Primero aparece el aroma: una podredumbre dócil de la que el alma, hasta ese momento indómita, se impregna. Como un virus, la resignación va carcomiendo las células sanas del individuo, mutándolas hasta convertirlas en réplicas idénticamente grises que las de su ADN.

Después, el contagio se extiende rápidamente, volviendo a su huésped predicador del barro, propagador del conformismo. Divulgador del sometimiento escogido como forma de existencia.

Quien tuvo sueños ya sólo posee recuerdos que desprecia; aquel que creía en su potencial ahora lo achaca a infantilismo ingenuo... el que quiso volar se arrastra para habituarse a reptar por la arena.

El sometimiento es sutil y silencioso. Basta un leve asentimiento en afirmaciones que no se comparten realmente para notar los primeros síntomas.

—Olvídate, eso es muy difícil, busca algo estable.

Suele ser la grieta más común por la que se cuela el veneno de los amedrentados. Durante años pensé que la única cura era la fuerza: golpear con insistencia, avanzar embistiendo, luchar contra todos para ganar cada guerra.

Tras el agotamiento inevitable, atribuí a la resistencia la solución de todos los problemas. Caminar, ciego y sordo a otras sendas; proseguir aunque estuviera a oscuras y sin saber hacia dónde me dirigía.

Con la amargura que conlleva la rigidez mantenida en el tiempo, acabé por romperme. Muchos se rinden antes incluso de quebrarse por primera vez. Al primer crujido, pliegan serviles, temerosos y mansos por el pavoroso anticipo del dolor en su forma más pura.

Sólo algunos se levantan después. A menudo se convencen de la calidez confortable del suelo, adaptándose a lo que será su hogar eterno.

Muy pocos encuentran el antídoto. La pócima secreta que libera de la derrota una vez permiten que penetre en su organismo.

Los que vencen, los que merecen salvarse, son los que hallan la verdad. A mí me ha costado 33 años descubrirla. Diría que ha valido la pena.

La pieza de puzzle que faltaba en mi vida ha sido tan sencilla como reveladora. Al colocarla en su lugar, todo ha tenido sentido. Por desgracia, nadie que no haya vivido lo mismo que yo me creería nunca si le contara cuál es la gran clave y por qué.

Antes del gran hallazgo, fui atisbando algunos más pequeños que me sirvieron como el hilo de Ariadne para salir del laberinto:

El primero fue que en un mundo de enfermos doblegados es tan sencillo mantenerse a salvo como lo sería en un escenario post apocalíptico no convertirse en un muerto viviente. Simplemente hay que permanecer en pie, sin imitar los movimientos lánguidos y el léxico balbuceante de quien se alimenta de cerebros ajenos mientras se le pudre el suyo.

Los Sísifos modernos ya no sufren el castigo de los dioses; lo persiguen. Arrastran cada día la misma roca montaña arriba para verla caer al anochecer. Nada de lo que hacen importará jamás y ese es su gran objetivo: aspirar a la certeza inamovible del absurdo; el destierro voluntario del propósito.

Me resultaba extraño que algo me chirriara desde niño. Era como haber crecido con un sol negro sobre el cielo y tener la certeza de que ese no podía ser su color original, a pesar de no haber visto nunca el auténtico.

Nací y crecí en Trenperdido: Un barrio que hacía honor a su hombre; parecía el cementerio de todos los viajes extraviados. Los confines del infierno desembocaban en ese lugar. Sus condenados habitantes presumían de su analfabeta condición y su educación de cerdos de pocilga gritando hasta altas horas de la madrugada, acuchillándose cada noche a botella rota o navaja e intentando robar a todo aquel con el que se cruzasen.

El primer recuerdo del que tengo conciencia de mi barrio es la advertencia de mi madre, mientras me agarraba la mano con fuerza:

—Hijo, si te piden lo que sea, tú se lo das, mejor no meternos en líos.

No sé cuántos años tenía pero sí que no entendí por qué debía darle algo mío a otra persona sólo porque esta lo exigiera. Especialmente, cuando mis padres me habían dicho que no tenía por qué darle mis juguetes a mi hermano porque él ya tenía los suyos propios.

—¿No tienen juguetes suyos? —pregunté, intentando encontrar una explicación ante aquella extraña anomalía.

—Sí, pero son gente mala, tú no discutas y se lo das —volvió a pedirme, dejándome aún más desorientado.

La maldad era un concepto para mí desconocido. Lo más cerca que había estado de ella era, aparte del entorno en el que me había criado, las películas en las que oscuros villanos trataban de destruir la Tierra sin motivo o dominar el mundo. Por suerte, en ellas siempre había valerosos héroes que impedían que estos caóticos descerebrados se acabasen saliendo con la suya. Y, si esos a los que admiraba tras una pantalla podían plantar cara, yo también lo haría.

Tendría doce años cuando me topé con un villano. No quería dominar el mundo, sólo un euro. Mío, para ser exactos.

—Dame todo lo que tengas —me ordenó.

El cielo estaba extrañamente despejado aquel día. Habría esperado nubarrones cargados deseosos de liberar una tormenta acorde al primer atraco de mi vida. Alguien me pedía, y no sería la última vez, que le diera algo que no quería darle. En aquel momento fue dinero; posteriormente me fueron pidiendo mucho más.

No sé si fue real, pero sí sé lo que vi. Un águila. Tan enorme como para parecerme una bestia mitológica y salvaje; tan irreal como para hacerme creer que sólo estaba en mi cabeza.

Recordé un sueño que tuve de niño, el primero del que era consciente:

Una cuna modesta, hecha de barro. Nadie a mi alrededor, estaba solo, llorando sin que nadie viniera a asistirme. Mis lágrimas duraron casi hasta el atardecer, hasta que otro sonido las eclipsó. En el sueño, sentí una multitud, a la que no podía ver, contemplando mi nacimiento.

La espuma comenzó a cubrirme, la marea era una señal de advertencia; una profecía. Una ola del tamaño del cielo me hizo mirar hacia arriba; entonces las vi: una bandada de águilas volaban en lo alto, regresaban a su hogar.

La multitud invisible seguía observando; dejé de llorar. Me puse en pie, aunque acababa de nacer. Una ola se alzó, intimidante, pero no llegó a ahogarme porque eché a volar. Me uní con las águilas, yo también regresaba.

Ver un águila, justo en ese momento, me dio la fuerza que necesitaba para volver a sentirme yo mismo:

—No —contesté.

—¿No? ¿Y si te registro qué pasa?

—No —volví a repetir, amordazado por el miedo como estaba de que un chico tres años mayor que yo y que me sacaba dos cabezas quisiera registrarme.

Cuando éste fue a meter la mano en mi bolsillo, se la aparté de un empujón y me respondió con guantazo que me tiró al suelo.

Mi labio sangraba, mi corazón palpitaba a punto de salir del pecho, pero me levanté y simplemente le miré de nuevo.

—Puto niño —masculló, marchándose y dejándome con un extraño sabor de victoria en el paladar, sospechosamente parecido al de la sangre.

Mi madre me instó a que no volviera a hacer algo parecido y, en esta ocasión, mi padre se sumó, rogándome que no opusiera resistencia en otra ocasión; quizá no tendría tanta piedad.

Un rechazo visceral se encendió en mis entrañas sin saber por qué. Comprendí, sin ser plenamente consciente, que no necesitaba la piedad de un despojo de mi barrio mientras tuviera mi orgullo.

Esa máxima fue el estandarte con el que enarbolé la bandera de mi barco.

Recuerdo que soñaba despierto, que contaba a mis padres y a mi hermano aventuras que no habían ocurrido realmente en las que mis poderes mágicos habían salvado a todos: de una ola gigante, de monstruos feroces, de hechizos peligrosos... Agarraba un bote de ambientador y lo apretaba, convencido de estar realizando un conjuro con mi varita.

—Mama, dile a Eloy que se calle, que tiene muchos pájaros en la cabeza —solía decir mi hermano Matías, seis años mayor que yo.

—Eloy, para un rato, hijo, que ni tienes poderes ni hay monstruos, déjanos ver las noticias.

Odiaba aquella ristra de tristezas interminable que sólo servía para recordarnos a todos el pozo de desdicha en el que vivíamos. A menudo me preguntaba si no exageraban de más, pero no entendía con qué finalidad alguien podría hacer tal cosa. Cuando protestaba, mis padres me replicaban que cuando fuera mayor también me gustaría verlas. Me juré no convertirme nunca en la clase de amargado que prefería ver a un engominado en traje narrando trágicos sucesos a los dibujos animados. Sigo agradeciéndome haber cumplido esa promesa.

Tampoco comprendí el campo de exterminio en el que me internaron sin tener culpa de nada.

Pasé de inventar planetas lejanos en los que vivía otra familia idéntica a la nuestra pero con distintos roles, continentes perdidos donde el tiempo iba al revés y escenarios en el que todo pasaba a la vez en todas partes... a la obligación de permanecer callado la mayor parte del día, obedeciendo a adultos taciturnos que ostentaban su dominio sobre mí y el resto de mis compañeros con aplastante autoridad.

No entendía cómo guardar silencio, permanecer sentado e inmóvil podía considerarse <<ser un buen chico>>, porque la sensación era demasiado similar a la del sometimiento al que negaba a ceder de la maldad de mi barrio.

Crear, por el contrario, me aportaba una emoción expansiva que surgía desde un lugar inexplorado y recóndito de mi pecho y se extendía por toda la vía láctea. Inventar historias y personas que sólo existían cuando yo las dotaba de vida me hacía sentir poderoso e invencible. El colegio, por el contrario, me contraía hasta reducirme a la mínima expresión de un ser humano hueco al que poder rellenar de excrementos.

Mis personas ficticias murieron ahogadas en todas las historias que los profesores arrancaron de mis cuadernos. Les prohibieron enamorarse o salvar el mundo; hacer amigos y combatir enemigos. Arrancaron sus alas y quemaron sus naves. Les condenaron a las tierras baldías de la inexistencia. En su lugar, era más valioso introducir conceptos mucho más útiles para mis futuros años cuando fuera mayor: ecuaciones, las partes de un volcán, la tabla periódica... y la más importante: aprender a permanecer sentado la mayor parte del día, durante años, bajo las órdenes de otro adulto cuya voluntad (por motivos no comprendidos ni explicados) tendría más valor que la mía.

Lo llamaban enseñanza obligatoria porque extirpación forzosa resultaba demasiado evidente y, si algo sabían esos sádicos hijos de puta, era disimular.

La fábrica era infalible: se abría el alma de cada niño y, lentamente y con paciencia, se arrancaba cada atisbo de imaginación. Esa luz no les servía, les entorpecía el proceso de la cadena de montaje encargada de crear soldados corporativos. Una vez se aseguraban de dejar vacío el espíritu, nos llenaban, hasta que estuviéramos a punto de reventar, de una pasta blanda y gris que poco tenía que ver con la pasión y mucho con la mediocridad. El condicionamiento, para que fuera efectivo, debía asegurar que fuera elección propia abandonar una realización que nos habían vetado a favor de la estabilidad.

El plan, aunque malvado, no tenía fisura: si arrancas a un maratoniano las piernas te aseguras de que pierda la motivación de correr el resto de su vida. Conmigo fallaron. Seguí creando historias a escondidas, hablando desde dentro con amigos que no tenía pero a los que dotaba vida cuando les inventaba. Reía con ellos más que con cualquier compañero de clase.

Jamás me sentí parte de ningún lugar. Si me hablaban de fútbol, me encogía de hombros; si hablaba de libros, me miraban raro; si no quería salir me tildaban de marginado, si me forzaba a hacerlo, me sentía aún peor.

No tenía motivos para creer en un lugar mejor y aun así me agarraba a hacerlo. Quizá porque, en algunos momentos, yo mismo lo había creado con tanta fuerza que lo había sentido tan cierto como la vida real.

—Yo voy a ser como mi padre, que hoy ha visto tres pelis en la oficina y le han pagado igual —escuché decir una vez a un compañero, compadeciéndome mientras otros le jaleaban.

No conocía a su padre pero le imaginé vestido con ropa de niño, gorra hacia atrás y haciendo enormes pompas con un chicle, intentando escaquearse de su profesor particular, al que él llamaba jefe.

<<Dios me libre de quedarme aquí para siempre, en Nunca Jamás>>, pensé, felicitándome íntimamente por el involuntario juego de palabras.

La única verdad que me dijo un profesor fue, precisamente el que más odiaba, el de matemáticas:

—Eloy, lo vas a pasar muy mal en la vida como sigas así de rebelde siempre.

Si era un augurio o un maleficio no lo sé, pero acertó de pleno. Lllaman rígido al que no se dobla, flojo al que marca límites e ingenio al que persigue honrar su talento, en lugar de anestesiarlo con obligaciones impuestas y distracciones vacías.

Ese es el mundo en el que me crie.

Era invierno cuando le pregunté a mi padre para qué eran las dos pastillas que se tomaba cada día después de comer.

—Para ir al trabajo —me dijo.

—¿Cómo?

—No le digas esas cosas al niño, Vicente, que bastante tiene ya con las cosas que dice —intervino mi madre, con el ceño fruncido—. Para estar más contento, que estaba un poquillo triste tu padre.

—¿Y no puedes estar contento sin tomarte las pastillas?

Me contestaron con el comodín que sentenciaba todas las conversaciones; la frase que más odiaba y más escuchaba (quizá por eso la detestaba):

—Cuando seas mayor lo entenderás.

Y lo entendí. Tan profundamente como para hacerme otro juramento: negarme, igual que había hecho con las noticias, a tener que depender de una píldora para ir cada día a un sitio que despreciaba con todo mi corazón.

<<¿En el colegio no te enseñaron a buscar un trabajo que te haga feliz?>>, estuve a punto de preguntarle un día, conteniéndome porque sabía la respuesta. Formularla era una protesta, no una duda legítima. Un grito mudo contra una existencia que había comenzado y yo ya veía que no me gustaba. Un sinsentido del que quería bajarme como de una atracción averiada, antes de que derivase en un accidente irremediable.

Una vez nos preguntaron en clase qué queríamos ser de mayores. Todos tuvieron respuestas, pero yo sólo sabía lo que no quería: dedicarme a nada semejante a lo que allí me enseñaban, con excepción de lengua, de la que tampoco sabía cómo podía sacar provecho ni si mis extrañas historias me ayudarían a aprobarla. Ni tampoco algo como el oficio de mi padre: delineante. No sabía bien qué implicaba en la práctica pero sí la desidia que le provocaba acudir allí cada día.

No quería pastillas, ni encierros, ni números, ni fluorescentes enfermos, pálidos y tartamudos, titilantes y reiterativos que me recordasen que yo había pasado a valer nada. Otro número, otra carcasa, otro muñeco al que manejar de nueve a tres; de nueve a cinco; de ocho a seis... quería ser libre.

Respirar las olas que veía en las películas, broncearme al sol que nunca era suficiente en el verano, ser distinto, único. No quería dejar de ser yo mismo.

Por desgracia, eso era justo lo que me negaban: todas las puertas estaban abiertas de par en par, con confeti en blanco y negro, con desafinados cantos de sirena que incitaban al suicidio antes que a acercarse, con futuros asegurados que no quería.

Mi hermano pasó dos años estudiando para aprobar las oposiciones de administrativo. Seis años por delante de mí me mostraban, como por un agujero temporal, la rutina en la que me animaba a embarcarme: Un código de vestimenta con un traje diseñado para provocar tedio tanto a receptor como portador, horario de oficina hasta las siete de la tarde, discusiones perpetuas con clientes por burocracia irrelevante, sentado la mayor parte del día... pero, como gran punto a favor, gozaba de succulentos privilegios: comida basura y grasienta los viernes, bollería industrial cada mañana, aflojamiento de correa si los perros se habían portado bien, concediéndoles salir cinco minutos antes, permiso de huida en el cumpleaños de alguno de ellos, más comida basura para celebrarlo... Bastaba visitar la oficina para asomarse al abismo de la decadencia del ser humano. Nada quedaba del virtuosismo estoico de tiempos pretéritos. Un sabor dulce en la boca y un asiento cómodo bajo el culo sustituía sin debate a la excelencia. Viva la evolución.

—Eloy, tú no seas tonto, que aquí trabajamos lo justo; tú estudia, que si lo sacas justito, ya me encargo yo de enchufarte.

Prefería ser tonto y estar desenchufado. La corriente de esa electricidad despojaba de la energía propia. Habría preferido vender droga antes que ser funcionario, pero gracias a crecer en el barrio con más narcotraficantes por metro cuadrado, esa había dejado de ser una opción válida por el desprecio que también me producían.

Durante años, eso fue lo que circulaba en mis venas en lugar de sangre: una repugnancia constante que fluía, densa y oscura, en el mismo cuerpo que antes había recorrido la ilusión. La resistencia, aprendí, conllevaba casi siempre a la amargura.

Había repetido 3º de la ESO por mi absoluta indiferencia a todo lo que los profesores se empeñaban en que aprendiera. Recuerdo que don Alfredo, el que enseñaba geografía, estaba leyendo con voz monocorde del propio libro la definición de la orogénesis alpina. En realidad, la escena pasa por mi cabeza como una radio tediosa que algo se hubiera dejado encendida porque, mientras él dormía a la clase, yo escribía una nueva historia.

—Eloy Murillo, ¿qué estás haciendo? —preguntó de pronto, sacándome de mi imaginación.

—Una historia.

—¿Sobre la orogénesis alpina? —inquirió, con sorna. O algo que pretendía serlo.

—No, sobre algo más interesante.

—Lo que te tiene que interesar es aprobar, que te veo aquí otro año más repitiendo.

—Me interesaría si me fuera a servir de algo. ¿A cuántos escritores les sirve la orogénesis alpina?

—Ni lo sé ni te importa, que tú no eres escritor.

—Pero lo voy a ser.

—No viven de escribir ni los que saben hacerlo, imagina tú, que no eres capaz ni de sacar tercero de la eso.

—Tampoco sería capaz de contar todos los granos de arena de una playa pero porque es igual de coñazo que estar escuchándote. Lo que yo hago es mucho más divertido.

Pasaba más tiempo en el pasillo que en clase. No dejaba de ser una metáfora precisa de mi momento vital: demasiado activo para estar dentro de una jaula que odiaba, no tan hábil cómo para encontrar la salida a la calle.

La primera novela la escribí con 18 años recién cumplidos. Iba de un extraterrestre que aterrizaba en un planeta de muertos en vida. Cada día, uno por uno se introducía en una cámara en la que era apaleado durante ocho horas y, al salir, recibía un enorme batido de grasa de animal con azúcar y somníferos. Volvían a casa en una nube espesa y aletargada y lo bastante insensibilizados como para repetir el proceso al día siguiente.

—A ver si los dioses nos salvan —decían, metiéndose voluntariamente en la cámara de tortura.

El extraterrestre cuestionaba su forma de vivir y el planeta entero tomaba voluntad para crear una cámara específica para él y apalearle durante ocho horas, cinco días seguidos, para intentar domarle.

Antes de morir, sólo dijo una última frase:

—Habéis sabido reaccionar para someterme; ahora hacedlo para liberaros.

El libro tenía un final premeditadamente abierto y me convencí de que era lo mejor que podría haber escrito. La mandé a todas las editoriales, tanto en español como de habla inglesa, traduciendo la obra. Ninguna me contestó, excepto para lanzarme alguna crítica invitándome a dedicarme a otra cosa para la que sí tuviera algún talento. Achaqué el mensaje a largos años de sequía sexual y seguí escribiendo.

Lo cierto es que dos años después, la historia me pareció pueril y excesivamente básica, así que escribí otra distinta, siempre con la mirada puesta en la alienación colectiva, en el dormitar lánguido y parsimonioso de criaturas que podrían ser mucho más si despertaran.

—¿Por qué siempre escribes de lo mismo? —me preguntaba mi hermano, a pesar de no haberse leído ninguna de mis novelas más allá de la sinopsis.

—Porque es como si el comedor estuviera en llamas y me preguntas por qué no ordeno la habitación.

—Así no vas a triunfar —refutó.

Desde mi humilde punto de vista, ya lo había hecho con la metáfora. Era una modesta victoria, pero victoria al fin y al cabo.

Los veinte los pasé de forma rara, o eso me decían. Pasaba más tiempo en el gimnasio que en los bares, que nunca me interesaron por su intrascendencia y trivialidad, y sentía estar cultivando una personalidad de acero acorde a unos músculos del mismo material. En el fondo, era un desempleado sin estudios de más de veinte años; tenía que animarme de alguna manera para no caer a las profundidades de la depresión que bordeaba como si estuviera ejecutando un peligroso baile mortal.

Trabajar de camionero fue algo temporal, o eso me juraba cada vez que salía a la carretera a las tres de la mañana y debía darme una paliza de kilómetros para acudir a otra ciudad. Para aliviar la soledad, a menudo me ponía podcast contra los que protestaba como un viejo demente.

—Haced lo que sea que os haya tocado con ganas. Dejad de intentar cambiar vuestra vida y, en su lugar, cambiad la mentalidad. Para todos los que nos escuchan ahora desde trabajos que no les satisfacen, el mejor consejo que os podemos dar es este: mantened los pies en la tierra, porque esto es todo lo que hay. No malgastéis la vida soñando con algo más; disfrutad lo que ya existe.

—¡CÁLLATE, GILIPOLLAS! —acababa gritando, invariablemente, al camión que nunca respondía.

Mi hermano aplicó la mentalidad de funcionario a su relación, saliendo con una chica que le proporcionaba su amada estabilidad; pidieron una hipoteca a treinta años, tuvieron dos hijos, tarjetas de crédito en común, discutían sólo una vez a la semana y se miraban con el mismo deseo con el que yo miraría a un mero de ojos muertos de la pescadería.

Cuando le preguntaba qué hacía con esa chica a la que, era evidente, no amaba, la respuesta siempre era la misma:

—Es la persona que he elegido para criar a nuestros hijos.

La elección como condena; la estabilidad como gran desequilibrio vital. El sinsentido era completo.

Habría enloquecido si hubiera permanecido otros dos años siendo camionero, por lo que pasé a convertirme en los Trilocos: de repartidor a ser camarero, de albañil a mozo de almacén, después, dependiente en una tienda de ropa, meses más tarde charcutero, vendedor a pie de calle...

Ni teniendo un oficio diferente cada mes me arrancaba de la piel la constatación de vivir en el Día de la Marmota.

No duraba un año completo en ningún trabajo y la única razón por la que permanecía unos meses era la de acumular el dinero suficiente como para invertir en publicidad, o cursos que mis padres tildaban de estafas, para aprender a vender mis novelas. El último fue especialmente frustrante.

—A ver, Eloy... vivir de escribir es imposible, así de claro te lo digo —me empezó diciendo un tipo al que ya había pagado mil euros para que me enseñara a vivir de escribir—. Lo que sí puedes hacer es enseñar a otros a vivir de escribir.

—¿Sin vivir yo de ello?

—Claro, al final todos quieren tener una vida mejor; tú les das fantasía, igual que cuando escribes.

Me pareció el mismo razonamiento que si pedía un filete poco hecho en un restaurante y el cocinero me traía una vaca y, encogiéndome de hombros me decía:

—Yo un filete no sé hacerlo. Ahora, te puedo enseñar a que tú enseñes a otros a cocinar un filete. Mira, ve matando a este bicho... —me diría, desde lejos, señalando con el cuchillo al animal de 300 kilos.

Rehusé a convencerme y expuse el caso en redes para que otros no cayeran en sus redes; muchos me tildaron de ñiñato quejica y me dijeron que me buscara un oficio de verdad. A algunos les contesté diciendo que, sin duda, ser comentarista anónimo de redes, era mucho más provechoso y estimulante.

Con 32 años ya había escrito cinco novelas y seguía sin ser capaz de vivir de ellas. Ni siquiera de obtener el salario mínimo que me proporcionaba cualquiera de los trabajos basura que había tenido.

Lo peor era que a mi alrededor, torres (supuestamente) más altas habían caído. Salí con Cristina Celeste, una prometidora actriz capaz de pasar de la alegría al llanto en dos segundos, pero que se convenció de que nadie llegaba a las altas esferas, ni siquiera a participar como personaje secundario en una serie minoritaria, sin enchufes o familiares metidos en la industria. Cambió su apellido por García y su entusiasmo por un contrato indefinido en recursos humanos.

El jefe que me dio mi primer trabajo con el camión, Antón Santos, había sido un virtuoso pianista, tan talentoso que parecía que multiplicase las teclas y la velocidad humana al tocar una pieza, hasta que asumió que el jazz estaba obsoleto, que nadie vivía de la música y que más valía una seguridad cubierta de polvo que un futuro luminoso que no llegaría jamás.

Uno de los camareros del club en el que estuve trabajando apenas dos meses, Gabriel Ponente, era capaz de pintar atardeceres sobrecogedores, rostros cargados de sentimientos precisos, playas desiertas tan llenas de vida que podía escucharse el oleaje y oler el salitre sólo con verlas... <<un hobby de crío, hay que ser realista>>, decía, como mecanismo de autodefensa automatizado.

En el fondo, no me creía tan hábil en lo mío como muchos de los otros a los que había visto claudicar y, sin embargo (y sin saber muy bien por qué en ocasiones) seguía avanzando a tientas, sin ninguna certeza; en mitad de la oscuridad. Me guiaba la exigua chispita de una varita mágica que juraba que era capaz de hacer magia aunque apenas alumbrase en mitad de la noche. Y, mientras tanto, iba escuchando los cadáveres que caían tras mis pies, repitiéndome que allá donde ellos perecieron, yo persistiría. Que el abandono del resto sería mi fuerza.

Mis relaciones no duraban y las amistades no me llenaban; nada permanecía. No tenía ninguna intención de seguir alimentando interacciones basadas en la protesta estéril y la crítica vacía, en el regodeo inútil de quien sabe que detesta cada momento de su patética existencia pero asume que la queja continua será el mayor atisbo de movimiento que acometerá hasta que se muera.

Si continuaba escribiendo, pese a todo y a todos, era por la sensación que quedaba en mí mientras lo hacía y justo después, al terminar.

Con 35, había escrito ocho novelas, pero seguía rotando en trabajos que me hacían cada vez más infeliz. Cerraba los ojos y veía otra realidad: personas agradecidas por las palabras que había escrito, un aliento de la providencia que animaba a cambiar de rumbo; aspiraba a un hogar en un lugar tranquilo, un refugio sin ruido, una quimera ridícula. Veía un sol resplandeciente dorar las aguas de playas por las que nunca había caminado. Y aun así, cuando el silencio me lo permitía y me fundía con el propósito, notaba el calor en mi piel, reconfortándome. Diciéndome que todo estaría bien, tarde o temprano.

Pasé de presumir de mis novelas a ocultarlas. Haber escrito tantas ya no era un síntoma de novelista prolífico, sino de fracasado sin talento. No podía haber otra razón para que, después de tantos años, siguiera sin vivir de ello. Lo veía en los ojos de los que me miraban con una misericordia que no quería, en las palabras que callaban los de las vidas estables.

Al abrir los ojos, siempre era invierno. La vida en blanco y negro abría sus puertas y me aprestaba en su bucle infinito, con la firme promesa de mantenerme encerrado hasta que me rindiera. Después, sabía que nada cambiaría. Simplemente dejaría de doler.

—¿Por qué eliges sufrir tanto?

La pregunta provenía de la última chica a la que había querido. Ella era entregada, de rostro de ángel y curvas imposibles. De ojos ámbar, sonrisa serena, cabello anochecido; voz de sirena y alma, finalmente, resignada.

Elena quiso ser cantante y siempre creía que podía haberlo logrado. Era como si las estrellas acudían expectantes en cuanto ella abría la boca. La dulzura de su canto remitía al trance que sólo se siente mirando el fuego. El tiempo no se atrevía a transcurrir mientras ella entonaba una melodía. Sólo se sentaba a escuchar, congelando el momento como una perla perfecta, un símbolo de la emoción más pura contenida en una canción. Su voz ya era memoria antes de tocar el suelo. Su garganta era una magia antigua, un instrumento eterno; su voluntad, no.

La voz que estremecía con tal sólo un susurro la empleaba Elena para discutir durante horas con clientes que no hubieran preparado el papeleo burocrático de turno. Fueron necesarios cinco años de conservatorio, seis de conciertos a los que nadie iba, tres de discos que no se escucharon... para doblegarla. En menos de un mes encontró un trabajo con la seguridad de que nada cambiaría para ella, dispuesta a cambiar los estribillos por los gritos; las rimas por las amenazas. La alegría por desesperación.

Como si fuera un caballo herido incapaz de realizar otra carrera, adormeció su ánimo con las mismas píldoras que mi padre había tomado para seguir anestesiando el suyo.

Los cuarenta fueron la barrera invisible que me separaba de forma sutil y silenciosa en otra cosa. En ese <<algo más>> que debía haber sido y que aún no había llegado. Y ya no podía seguir estirando la juventud con el elástico autoengaño, tan conveniente para concederme siempre unos meses más, unos últimos años... era un adulto. Uno tan roto y frustrado como los demás. Aún más rabioso e iracundo, por la negación a dormir en vida, empastillándome hasta que todo dejase de doler.

—Algún día entenderás que estamos en un valle de lágrimas. Es lo que hemos venido a hacer a este mundo —me dijo mi padre, antes de morir. Parecía manso, indiferente. La muestra definitiva de lo que le esperaba al final. Mi hermano tomó mi gesto de rechazo como una falta de respeto a nuestro difunto padre, por lo que lo último que me dijo fue:

—Deja de ir de influencer por la vida y haz algo de provecho para ganártela, eres la deshonra de la familia.

Llevaba más de diez años subiendo mis historias a redes sociales. La ingenuidad con la que subí el primero la veo ahora con el vértigo del que está a punto de caer sin saber cuán profundo es el pozo que le espera. Esperaba una respuesta unánime y contundente, una reacción unánime de entusiasmo, un despertar colectivo. El silencio fue el bofetón que necesitaba para aplicar la paciencia que nunca he sabido manejar.

Subía vídeos largos en *Youtube*, locutados con pasión e ignorados sin piedad; piezas cortas con cortometrajes que yo mismo representaba sin que a nadie le importase demasiado; otras en las que contaba escenarios de un mundo mejor... uno libre, repleto, posible. Ficticio, como bien me demostraba el vacío que llevaba recibiendo la mayor parte de su vida.

Tuve, así se lo hicieron saber los pocos que aún le hablaban, otra muestra más de estupidez antes de alcanzar el, tan ansiado, sentido común: rechazar la invitación de un programa de televisión llamado: *Encuétrame en los focos*.

El programa, emitido en diferido, fingía encuentros lacrimógenos con familiares o relaciones pasadas, que acababan siempre entre gritos y reproches. De haber sido en directo, quizá podría haber incluido un mensaje que, de igual modo, habrían cortado sin interés. Decliné la oferta porque seguía sin resonar con ese concepto extraño e imperceptible al que yo llamaba <<mi esencia>>.

Habría mentido si dijera que no estaba solo, triste y derrotado. Era el payaso de colores en un mundo de daltónicos. No quedaba más que aceptar que allí todo funcionaba en blanco y negro y guardar mi paleta para los únicos ojos que quisieran verla: los míos.

Fue al llegar a esta conclusión cuando recibí la jugosa oferta de una empresa de seguros de decesos. El directivo de la empresa me había contactado a través de mis redes sociales y propuesto algo que no me esperaba: utilizar mis historias para anunciar sus productos. La única condición es que debía permitir que adulteraran un poco el mensaje: en lugar de acabar animando a que cada cual se volcase en su pasión, los finales acababan con un:

<<Porque la vida es demasiado corta para dejar a tu pareja e hijos pagando tus deudas tras la muerte. Aférrate a un trabajo estable, deja pagado tu entierro. Que, si te recuerdan, sea por lo que fuiste capaz de proveer en vida, no por lo que les dejaste a deber en tu muerte>>.

Podría usar las historias que ya tenía escritas, incluso las que había ido grabando durante más de diez años. Los personajes, indómitos y solitarios con complejo de héroes con voluntad de acero, descubrirían antes de morir su gran error, lamentándose por su corrosiva testarudez y por haber arruinado la vida de sus seres queridos. La compañía de seguros lograba, con esta jugada, dos objetivos:

El primero, era generar la dosis de miedo necesaria como para que los aterrados clientes contratasen su seguro, a fin de evitar futuras pellas que tuvieran que pagar sus seres queridos.

El segundo, ofrecer jugosas ofertas de empleo como vendedor de seguro en su sede, horario inmejorable: de 9:00 a 14:00 y de 17:00 a 20:00. Permitían a sus trabajadores, como magnánima muestra de generosidad, que comieran en sus oficinas y pudieran descansar allí las dos horas que tenían de libertad. Así, con suerte, adquirirían el tono de piel necesario para representar sin maquillaje a los muertos egoístas que se iban al otro mundo sin haber pagado su entierro.

—Eloy, si no lo coges eres idiota. Nadie vive de lo que le gusta y tú tienes ya 42 años. Asume que la vida es así —me dijo su madre, como súplica desesperada en los últimos momentos de su vida.

—Tú no eres especial, Eloy. Especiales son los que destacaron con 15, 18, 20... no un cuarentón que sigue jugando a inventarse cuentos porque no tiene los huevos de hacer lo que todo el mundo hace sin protestar. Si no has dado el pelotazo ya, por algo es —espetó el último amigo que me quedaba.

—He conocido a alguien —me soltó a bocajarro la última chica, dramaturga según me había dicho, a la que había conocido y con la estaba seguro de que existía una conexión real—. Él lleva diez años trabajando vendiendo seguros y gana al mes 4.500€. No te ofendas, Eloy, pero pensaba que eras... diferente cuando te conocí. Parecías tan seguro, tan confiado... o finges muy bien o te autoengañas como nadie...

No se lo reconocí, pero probablemente fuera una mezcla de ambas. Tras mi coraza de aplomo forjada en años de rechazo feroz contra el mundo, escondía un pavor visceral e inexplicable. La timidez de un actor barato, del impostor colado en la fiesta. Sabía que la goma de mi careta se rompería de tan rígida que la había llevado durante tantos años y la máscara caería al suelo, revelando un rostro grotesco, infantil y ridículo. La mueca torpe e insegura de quien creyó ser importante pero nunca tuvo manera de probarlo. El mendigo que quiso reinar; el don nadie que murió aspirando a ser alguien.

Nadie veía mis vídeos, mis novelas no se compraban ni para hacer un fuego con el que los mendigos pudieran calentarse. Todos, sin excepción, habían claudicado. Ese era y siempre fue el final. Pensé qué habría pasado de haberlo asimilado hacía muchos años, pero ya sólo podía hacer una cosa:

Acepté e hiqué la rodilla. El suelo era áspero y duro; la arena secaba mi garganta. Todos mis vídeos se borraron, mis novelas desaparecieron tal y como la aseguradora quería. Las heridas dejaron de sangrar con el primer sueldo.

Me convertí en el estandarte de la rendición, en el paradigma del sometimiento, todo un orgullo para mis superiores; esos que juré no tener jamás.

Lo bueno es que mi oratoria, cultivada en otros fines durante mucho tiempo, lograba el objetivo deseado: inocular un pavor desgastante en el cuerpo de ancianos frágiles que llevaban toda una vida abnegados y ahora se les pedía un poco más.

Sustituí los rayos del sol dorando mi piel por la lóbrega luz moribunda del fluorescente que adormecía el espíritu.

Me esperaban diez mil euros en la conferencia. Miles y miles de personas deseando escucharme dar un mensaje contra el que había luchado toda una vida. Ya no importaba, ese había dejado de ser yo.

Subí con su traje recién planchado y entallado para disimular los kilos perdidos y el cuerpo enjuto. La grada escuchaba, mis jefes me contemplaban desde lo alto.

El auditorio estaba cerrado y oscuro; un foco me iluminaba y había altavoces por todas partes.

Mi jefe me dio una pastilla antes de salir:

—Para los nervios, danos lo que queremos de ti.

Me la metí en la boca y salí. Caminé tres pasos antes de situarme junto al micrófono, frente a la multitud.

Todo el recinto estaba cerrado. Todo excepto el cielo. Una claraboya diminuta por la que apenas se permitía el paso a un tímido rayo de sol. Quizá fuera un error en la estructura, un desperfecto que alguien no había reparado.

El cielo estaba extrañamente despejado aquel día. Habría esperado nubarrones cargados deseosos de liberar una tormenta acorde al enésimo atraco de mi vida. Alguien me pedía, y sería la última vez, que le diera algo que no quería darle. En aquel momento no era dinero: era lo único que quedaba de mí: la esencia.

No sé si fue real, pero sí sé lo que vi. Tan enorme como para parecerme una bestia mitológica y salvaje; tan irreal como para hacerme creer que sólo estaba en mi cabeza. Fugaz, lejana, pero la vi.

Recordé un sueño que tuve de niño, el primero del que era consciente:

El águila cruzó el auditorio justo antes de que yo abriera la boca para darles lo que querían de mí.

—No —dije, para mis adentros, escupiendo la pastilla que acababa de introducirme en la boca.

Noté la espuma subiendo por mis pies; las olas amenazando sepultar lo que quedaba de mi vida.

—La rendición es la enfermedad de los mediocres —proclamé, alto y claro, provocando un revuelto instantáneo tanto en el público como en aquellos que habían dejado de ser mis superiores.

—Tengo cuarenta y dos años y ocho novelas que ninguno habéis leído. En ellas, hablaba del talento que todos hemos tenido desde que somos niños, ese que nos extirpan diciendo que no nos servirá de nada. Tenía miles de vídeos hablando de la plenitud incomparable que se siente al volcarnos en nuestra pasión. He tenido que prescindir de todos ellos, he tenido que divulgar un mensaje que desprecio con todo mi corazón inculcándoos miedo para que compréis y viváis aterrados sin ser vosotros mismos. Y gracias a haberlo hecho puedo deciros esto: Vuestros hijos no pagarán más deuda que la infelicidad que hereden de vosotros.

Había aceptado e hincado rodilla. El suelo era áspero y duro, el apoyo que necesitaba para elevarme más alto. La arena había secado mi garganta, pero ahora las palabras resonaban con más fuerza que nada de lo que hubiera dicho anteriormente.

Mis vídeos se habían borrado, mis novelas desaparecieron tal y como la aseguradora quería. De ningún otro modo habría logrado llegar a lanzar mi mensaje a tanta gente. Las heridas ya no sangraban: ahora exhibía mis cicatrices con orgullo.

—No hemos nacido para pasar horas con el cerebro desconectado de nuestra esencia.

Uno de los vigilantes de seguridad intentó retirarme el micrófono, pero le empujé hasta hacerle caer en la grada y proseguí gritando a todo pulmón:

—¿CUÁNTO HACE QUE NO SENTÍS ESE FUEGO EN LAS ENTRAÑAS?
¿POR QUÉ OS HABÉIS DEJADO CONVENCER PARA CAMBIAR LO QUE OS
HACE SENTIR VIVOS POR LA SEGURIDAD DE PERMANECER MUERTOS
HASTA QUE LA MUERTE OS SIGA SOMETIENDO?

Más guardias intervinieron para tratar de sacarme de allí, pero mis palabras ya no eran un mensaje; eran una vacuna. Les aparté a empujones sin que ninguno pudiera contenerme. El agujero del techo se hizo más grande, las águilas surcaron el cielo sobre nuestras cabezas. Las olas cantaban triunfantes mi regreso.

—DEJAD DE DECIR QUE OS DOBLEGÁIS A LA AMARGURA POR
VUESTROS HIJOS, ELLOS PREFERIRÁN UNOS PADRES QUE SE VUELQUEN
EN LO QUE LES HACE ÚNICOS EN LUGAR DE UNOS QUE LES CULPAN EN
SILENCIO POR NO HABER SIDO TODO LO QUE PUDIERON SER. NO OS PIDO
QUE DEJÉIS DE SER QUIENES SOIS; SÓLO QUE VOLVÁIS A SER LOS QUE
ERAIS.

Nadie podía detenerme, mi voz se elevaba y mi cuerpo también. El techo desapareció del auditorio.

—DE NIÑOS ERAIS POTENCIAL PURO, PERO EN ALGÚN MOMENTO
HINCASTEIS LA RODILLA Y ACEPTASTEIS LA DERROTA. NO DEJÉIS QUE OS
ARRANQUEN LO QUE SIEMPRE FUISTEIS.

Ya ni siquiera se acercaban. Como si emanase un aura de verdad sin límites, aquellos que habían osado proclamarse mis amos se mantenían al margen, con los ojos abiertos, iluminados por la consigna que brotaba de mi pecho y salía de mis labios.

—DE NIÑOS TENÍAIS LA FUERZA DESBORDANTE DE QUIEN PUEDE CONQUISTAR EL MUNDO, EL TALENTO DE LOS QUE SON ÚNICOS, LOS QUE TIENEN UN DON QUE NADIE ES CAPAZ DE REPLICAR. ERAIS DOMINIO, ERAIS ORGULLO. ERAIS PLENITUD. ANTES DE ARRANCAROS VUESTRA ESENCIA Y SOMETEROS ERAIS IMPARABLES, ERAIS CREADORES. ERAIS TODO LO QUE QUISIERAIS SER. VOSOTROS. ERAIS. DIOSSES.

Entonces desaparecieron los muros y lo supe: Junto al mar, fue esa multitud la que me vio crecer; hace muchos años. Algunos dicen que volé con las águilas. Sólo yo sé lo que ocurrió: regresé a casa. Renací.

Muchos no lo descubren jamás; otros ascienden en cuanto encuentran la respuesta: nosotros diseñamos este mundo, como prueba, como desafío, antes de nacer.

Los niveles se complican para comprobar si somos dignos de ser dioses. La eternidad está reservada para aquellos que demuestran merecerla. Este es uno de los planos más difíciles en los que mantenerse cuerdo, en los que seguir siendo uno mismo. Especialmente porque había olvidado quién era y todo lo que conocía era esta extraña pantomima de siervos rotos, de ciegos inmóviles mirando sombras en lugar de salir de la caverna.

Todos sabemos, desde que nacemos en cualquier plano, que hay algo más. En este, del que he logrado escapar, muchos de los que pretendían arrastrarme eran figurantes sin alma, creados por mí específicamente para ponerme a prueba. Confiaba tanto en mi voluntad como en los músculos que desarrollé en mi cuerpo de esta realidad. Esta prueba no deja de ser eso, al fin y al cabo: un entrenamiento. El último bastión para ganarse la inmortalidad.

Compadezco a los que eran reales; a los dioses que olvidaron sus poderes y optaron por sucumbir porque todos los demás lo hacían. Compadezco a quienes renunciaron a su alma porque ya no les espera nada más.

Mis últimos pensamientos de este plano que ahora dejo atrás van para Cristina Celeste, que reinaba conmigo en lo alto y creyó que descubriría la verdad tras el borrado de memoria, en lugar de acabar claudicando hasta desaparecer; para Antón Santos, que perdió su inmortalidad al rechazar sus poderes, para Gabriel Ponente, al que nunca volveré a ver... eligieron quedarse por el camino; no por olvidar quiénes eran, sino por renunciar lo que podían llegar a ser.

Es parte del juego de gobernar; la justicia auténtica es la que engloba al que la imparte. Dentro de poco bajaré a otro de los niveles más profundos. En este, los jugadores figurantes, las sombras molestas, se encargarán de impedir por todos los medios que los dioses liberemos nuestro potencial. El mundo que dejo atrás habrá sido un juego sencillo comparando con lo que me espera. Por suerte, tengo la clave grabada para siempre en mi alma: la única forma de vencer es el secreto que todos conocemos: volver a la esencia, al muro incólume de la coherencia.

Estoy a punto de descender. Olvidaré de nuevo quién soy, los dones que tengo. Intentarán arrodillarme, tratarán de drogarme, de humillarme hasta convertirme en uno de ellos; sin cerebro, sin voluntad, vacío. Me perseguirán, me tildarán de loco y de ingenuo; de peligro y de fracaso. Pero sé que, cuando llegue el final, me verán de nuevo volar con las águilas.

